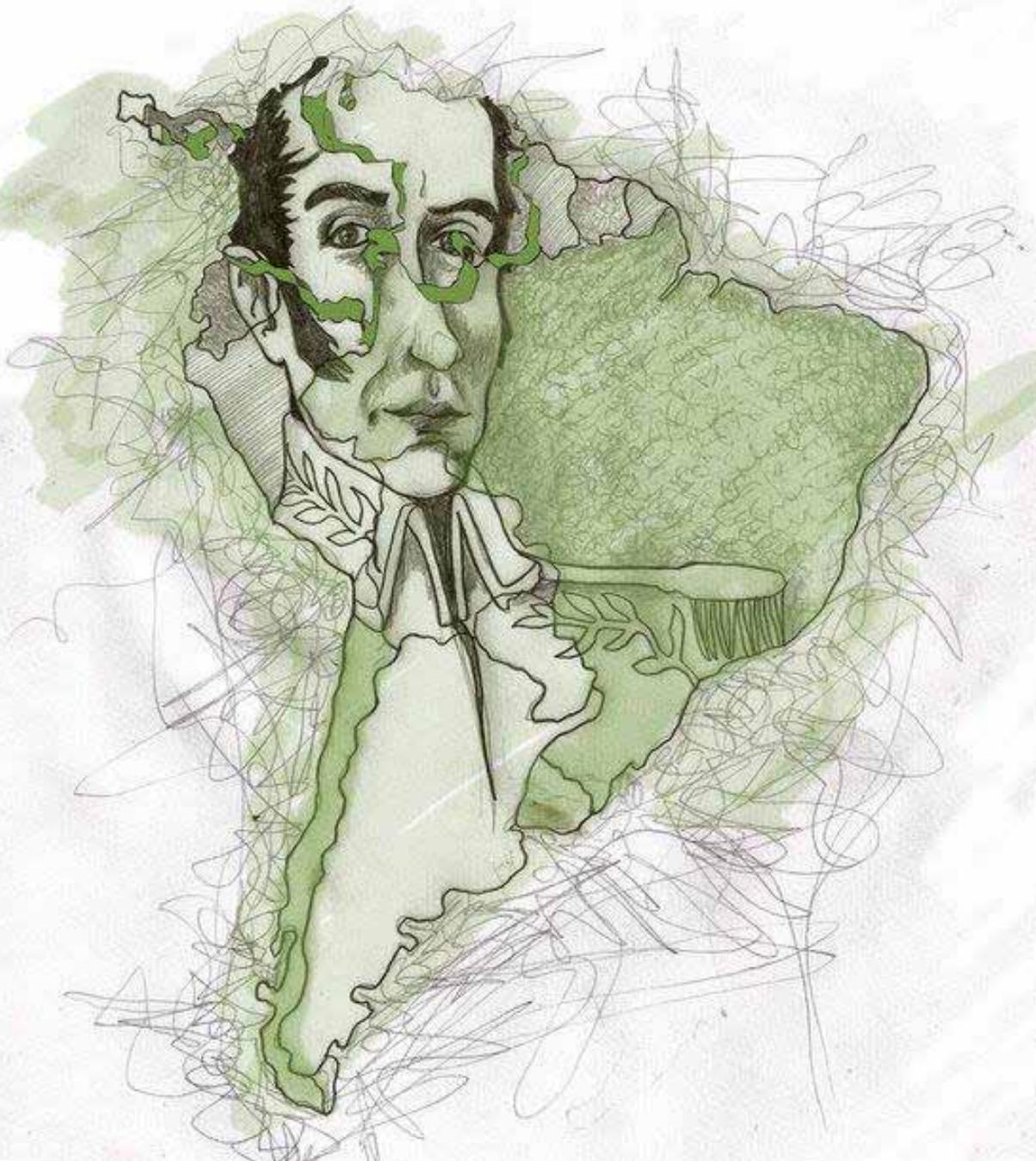


notas ace



erca del

pensamiento
político de

simón bolívar

Alejandra Vanegas Álvarez

Estudiante de Sociología Universidad de Antioquia

RESUMEN

El talento político y militar de Bolívar fue decisivo para la independencia y la conformación de las naciones septentrionales de Suramérica. Sus ideas como estadista, fuertemente influenciadas por el pensamiento rousseauniano, fueron en consecuencia cruciales para la gesta independentista y el período que la siguió. El presente escrito pretende aproximarse a dichas ideas a partir de sus principales escritos políticos, entre los cuales destacan la Carta de Jamaica y los discursos preliminares a los proyectos de constitución de Angostura y Bolivia. Estos textos revisten particular importancia toda vez que dan cuenta de las continuidades y las rupturas en el pensamiento bolivariano, y ayudan a comprender el periplo vital que tuvo por conclusión la gran frustración del Libertador: una América dividida.

Palabras clave: Simón Bolívar, federalismo, equilibrio de poderes, constitución política, libertad.

Simón Bolívar, como sucede casi siempre con las grandes figuras históricas, ha sido objeto de las opiniones más contradictorias. Mientras sus detractores lo anatematizan, sus seguidores caen en el error de la exaltación heroica, cosas ambas que dificultan la labor de acercarse a su vida y pensamiento desde una

“Simón Bolívar, como sucede casi siempre con las grandes figuras históricas, ha sido objeto de las opiniones más contradictorias”

perspectiva que aspire a un mínimo de imparcialidad. Así, para recrear una imagen justa del Libertador la Historia debe evitar cualquiera de los dos extremos, sin perder de vista la perspectiva disciplinar que obliga a considerar a los protagonistas del pasado en términos de su propia época para no incurrir en interpretaciones o críticas anacrónicas. El presente escrito no pretende ser exhaustivo ni ofrecer una valoración original de la influencia de Simón Bolívar en la historia de los países independizados de España, sin embargo, el utilizar como fuente sus propios escritos podría ayudar a construir una interpretación más o menos justa de este personaje histórico. Así, con base en sus escritos políticos más relevantes, se intentará decantar los principales elementos de su pensamiento político y presentarlos en clave del pensamiento ilustrado, aunque sin olvidar que hacen parte de un contexto histórico particular: aquél en el cual los pueblos recién libertados debían encarar el desafío de constituirse como Estados y como naciones.

Hijo de una próspera familia de comerciantes mantuanos, Simón Bolívar nace en Caracas el mismo año en que Inglaterra

reconoce formalmente la independencia de los Estados Unidos: 1783, y desde sus primeros años recibe una educación a la europea: clásica, exigente e ilustrada. Estudia filosofía y letras, aprende varios idiomas y viaja al Viejo Continente para completar su formación. Durante su estadía en Europa recorre varios países, teniendo ocasión de impregnarse del ambiente cultural y político de la Francia revolucionaria, y asistiendo a la coronación de Napoleón en Milán en 1805.

Su madre tenía familiares ricos e influyentes en la Península, y su padre, terrateniente y militar, fue un monárquico leal que comandó milicias españolas formadas por criollos voluntarios. No obstante, Bolívar tiene en su juventud ocasión de percibir los roces existentes entre su familia y la administración colonial, que excluía a los criollos del ejercicio de cualquier función pública. A causa de esta situación existió entre los blancos americanos una inconformidad constante que sería decisiva para el estallido de las luchas patrióticas, pues a pesar de que podían ser sumamente ricos y gozar de prestigio social, se encontraban excluidos de la política. Este sentimiento no será ajeno a Bolívar en el futuro, y de ello deja constancia en un pasaje de su Carta de Jamaica, en donde se queja de la injusta marginación en que vivían los criollos antes de la independencia:

La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más bajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad (...).

(...) Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas (...).

Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos y, digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos, pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes, todo en contravención directa de nuestras instituciones. (Bolívar, 1971: 70-72). Al comenzar las luchas patrióticas Bolívar combate primero a la sombra de Francisco de Miranda, antes de alcanzar protagonismo político y militar. Su carrera como estratega destacado se inicia cuando asume un importante liderazgo militar dentro del movimiento patriótico, durante la Campaña Admirable (1813-1815) (Lynch, 2010: 55-87). De aquí en más serán decisivas sus ideas políticas y su genio militar para la configuración de las recién libertadas naciones hispanoamericanas. Durante los años siguientes y gracias a un viraje estratégico, el movimiento liderado por Bolívar logra captar la simpatía de las masas, que antes, debido a la desconfianza que sentían hacia los criollos, habían apoyado al ejército español.

A partir de entonces, Bolívar deberá combinar sin pausa el oficio de militar y el de estadista, pues los patriotas tienen la doble tarea de destruir el orden social antiguo y, simultáneamente, crear uno nuevo (Bolívar, 1971: 40-41). En 1819 Bolívar redacta su primer proyecto constitucional y lo presenta al Congreso de Angostura. En su discurso, expone ideas que serán recurrentes en su pensamiento político a lo largo de toda su carrera, como la preocupación por la unidad panamericana, la búsqueda de la estabilidad política y la consiguiente crítica al federalismo, su preferencia por los gobiernos republicanos, el centralismo administrativo y el equilibrio de los poderes públicos (este último con el fin de evitar tanto la tiranía como la anarquía).

En cuanto a política internacional, la unidad panamericana, gran frustración política del Libertador, es entendida como una estrategia para la protección y defensa común de los países hispanoamericanos, pues aquél nunca dejó de estar alerta a las posibles ambiciones colonizadoras de potencias externas (Bolívar, 1971: 38). Bajo esta lógica, Bolívar concibe la unidad de las naciones del sur como única garantía posible contra el peligro de invasión que representa no sólo España, sino los propios Estados Unidos, a quienes admira como pueblo por sus remarcables virtudes cívicas, pero al mismo tiempo ve con desconfianza debido a su potencial colonizador (Bolívar, 1971: 38).

Bolívar insiste tenazmente en la necesidad de configurar regímenes políticos estables, que sean capaces de hacer frente a las ambiciones de reconquista o invasión por parte de cualquier enemigo externo

Con respecto a la política interna de las naciones independizadas, Bolívar insiste tenazmente en la necesidad de configurar regímenes políticos estables, que sean capaces de hacer frente a las ambiciones de reconquista o invasión por parte de cualquier enemigo externo. Esta insistencia en la estabilidad política se traduce en una férrea crítica al sistema federal, que considera demasiado perfecto para pueblos inmaduros, amenazados y sumidos en el caos, como es el caso de los recién libertados, pues la constitución federal da a los individuos más libertades que ninguna y exige por tanto ciudadanos virtuosos. Así, "Un pueblo pervertido si alcanza su libertad muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud" (Bolívar, 1971: 97), por eso,

(...) por halagüeño que parezca y sea en efecto este magnífico sistema Federativo, no era dado a los venezolanos

gozarlo repentinamente al salir de las cadenas. No estábamos preparados para tanto bien; el bien, como el mal, da la muerte cuando es súbito y excesivo. Nuestra constitución Moral no tenía todavía la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un Gobierno completamente Representativo, y tan sublime cuanto que podría ser adaptado a una República de Santos.” (Bolívar, 1971: 102-103).

El Libertador estaba implicado íntimamente en la tarea colosal de constituir las naciones independizadas y no renunciaría a ella, por más que excediera los límites de una vida humana

La crítica de Bolívar al federalismo es recurrente en sus escritos desde el Manifiesto de Cartagena (1912) hasta su Carta a Daniel Florencio O’Leary (1929), escrita poco más de un año antes de morir (Bolívar, 1971: 51, 100-103 y 114), en la cual afirma con un tono entre apático y colérico:

Todavía tengo menos inclinación a tratar del gobierno federal: semejante forma social es una anarquía regularizada, o más bien, es la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el estado con todos sus individuos. Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo (Bolívar, 1971: 161).

Esta posición frente al federalismo está estrechamente ligada a una concepción rousseauiana de la libertad y del ciudadano republicano, concepción en la que éste es entendido como un hombre virtuoso, que sólo en tal medida se encuentra suficientemente maduro para soportar el gran peso de la libertad. Bolívar comparte con Rousseau la idea de que el hombre no nace libre, sino que debe ser educado para la virtud, y sólo así podrá desarrollarse la tendencia innata a la libertad que yace dormida en su interior (Bolívar, 1971: 98-99).

En su discurso de Bolivia, el Libertador se acoge a la interpretación rousseauniana de los principios republicanos de la igualdad, la libertad y la virtud ciudadana, como base para argumentar en contra del sistema federativo, el cual resulta impertinente para pueblos que no han sido educados en la virtud republicana.

La Libertad, dice Rousseau, es un alimento succulento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que robustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la Libertad. Entumecidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las Mazmorras y aniquilados por las pestilencias serviles, ¿serán capaces de marchar con pasos firmes hacia el augusto Templo de la Libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina? (Bolívar, 1971: 98).

Determinado por esta importante influencia intelectual, Simón Bolívar consideraba que el régimen federal exigía unas virtudes ciudadanas que aún no se habían desarrollado entre los pueblos de la América hispana, y de las cuales en cambio era ejemplo ilustre el pueblo norteamericano. Si éste era feliz, no era por poseer la más perfecta de las constituciones, sino por su gran virtud cívica y por el acuerdo existente entre sus leyes y el temperamento de sus ciudadanos. Con esto, Bolívar evoca El espíritu de las leyes, en donde Rousseau afirma que éstas no son buenas en sí mismas, sino sólo en la medida en que son apropiadas para gobernar a un pueblo en particular (Bolívar, 1971: 101). Pero, incluso por encima de las leyes, concede Bolívar una gran importancia al carácter propio de los pueblos, y afirmará más adelante que son los hombres, y no las leyes, quienes constituyen las repúblicas (Bolívar, 1971: 106). A propósito, narra el ejemplo de Roma:

Un gobierno monstruoso y puramente guerrero, elevó a Roma al más alto esplendor de virtud y de gloria; y formó de la tierra, un dominio Romano para mostrar a los hombres de cuanto [sic] son capaces las virtudes políticas; y cuán indiferentes suelen ser las instituciones. (Bolívar, 1971: 106).

En conclusión, Bolívar se inclina decididamente, para el caso de las naciones hispanoamericanas, por ejecutivos fuertes y centralistas, que tengan la suficiente capacidad de maniobra y el poder necesario para hacer frente tanto al carácter vicioso de su pueblo recién salido de las cadenas como a la amenaza reconquistadora o invasora de naciones extranjeras. Sin embargo, esta opinión negativa acerca del federalismo se ve matizada en parte por la inclinación a la constitución republicana, que es la que debe conformar a los Estados de América, de acuerdo con el principio de igualdad. La igualdad, para Bolívar, no es innata a los seres humanos, sino que debe ser proporcionada a éstos por la sociedad en compensación por las dotes desiguales que les da la naturaleza. Así, sólo cuando la sociedad logra corregir la desigualdad natural de sus miembros, puede fundarse una república de hombres libres y felices (Bolívar, 1971: 104).

Otro tema recurrente en los escritos bolivarianos tiene que ver con el equilibrio de los poderes públicos, asunto al que se dedican amplias consideraciones en los discursos que introducen los proyectos constitucionales de 1819 (Angostura) y 1826 (Bolivia). En uno y otro se busca un sistema de contrapesos eficaz que controle el ejercicio del poder y prevenga los abusos de fuerza, aunque sin evitar que la autoridad repose en un individuo que tenga la capacidad decisoria requerida en tiempos de crisis e inestabilidad. La fórmula de este complicado equilibrio es, en el proyecto de 1926, la oposición de los poderes Legislativo, Judicial y Electoral al poder Ejecutivo (Bolívar, 1971: 130-131). Este curioso balance de todos-contra-uno sería la forma de compensar las condiciones favorables que asisten al jefe del poder ejecutivo por el hecho de ocupar un cargo vitalicio.

Pero, aunque el tema permanece, las soluciones propuestas por Bolívar varían según el momento. Así, son

disparos entre sus dos proyectos de constitución las consideraciones con respecto a la democracia, la elección popular y la conformación de las ramas del poder. Mientras que en el proyecto de Angostura el Libertador propone a la asamblea constituyente una carta que garantice la alternación de los individuos en el gobierno, ya que “nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo Ciudadano el Poder” (Bolívar, 1971: 95), pues esto es propicio a la tiranía, en el proyecto presentado a los legisladores del Alto Perú Bolívar arguye la necesidad de un presidente vitalicio, así como de un vicepresidente hereditario. “Por esta providencia se evitan las elecciones, que producen el grande azote de las repúblicas, la anarquía, que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más terrible de los gobiernos populares.” (Bolívar, 1971: 133).

Esta última constitución, su proyecto político más acabado, es al igual que la primera de fuerte inspiración rousseauiana, y toma elementos de las constituciones de la Francia revolucionaria y, especialmente, de la británica, encomiada por Bolívar por la manera admirable en que establece el equilibrio entre los poderes, pese a tratarse de una monarquía. Al respecto sostiene que es más deseable una monarquía como la británica que una república mal constituida y sin equilibrio de poderes, afirmación que refrenda el espíritu utilitarista de Bentham, evocado también claramente en el discurso de Angostura: “El sistema de Gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.” (Bolívar, 1971: 104).

Pero al optimismo que parece rodear la presentación del proyecto de Bolivia, último intento de Bolívar por imprimir una forma definitiva a las caóticas naciones del norte de Hispanoamérica, sigue un rotundo fracaso, pues la Constitución Boliviana tiene una vigencia de sólo dos años, al cabo de los cuales es reemplazada por otra.

Si bien Graciela Soriano opina que Bolívar no tuvo la medida histórica del equilibrio entre lo deseable y lo posible a corto plazo, es decir, de lo realizable en el breve lapso de una existencia humana (Bolívar, 1971: 43), uno podría preguntarse hasta qué punto un cambio en la perspectiva del Libertador habría desembocado en un destino distinto para las naciones independizadas por su genio y su espada. Bolívar tuvo, por ejemplo, clara conciencia de lo inapropiado que habría sido en su momento establecer una constitución que consagrara amplias libertades civiles. Y si bien es cierto que sus propios proyectos pudieron desestimar en parte las verdaderas condiciones de posibilidad que requerían, un análisis histórico no podría por ello enjuiciarlo, pues la historia no la hacen los individuos sino las sociedades. Así, si bien Bolívar fue siempre partidario de la unión entre las nuevas repúblicas como estrategia para protegerse de cualquier amenaza externa, la intención de unidad que lo caracterizó tuvo por enemiga una pujante fuerza secesionista por parte de amplios sectores criollos, como el representado por Santander, contra los cuales los proyectos bolivarianos colapsaron, como lo ha mostrado el devenir histórico.

Sin embargo, el Libertador estaba implicado íntimamente en la tarea colosal de constituir las naciones independizadas y no renunciaría a ella, por más que excediera los límites de una vida humana. Su fracaso político (fracaso en términos biográficos) se explicaría, entonces, no tanto por una falta de inteligencia o de talento como por una fatalidad de la historia de esas que terminan pesando sobre los individuos pese a tener su origen, más allá de éstos, en una época y un contexto específicos. El descalabro político inmediato del proyecto bolivariano estaba ya prefigurado en las condiciones que lo antecedieron, pues no bastan

proyectos para conjurar realidades, y el estado caótico que durante décadas acompañó a los países independizados es indicio de las dificultades sociales y culturales que entorpecieron su proceso de organización política.

Incluso puede decirse que Bolívar se esforzó en sus proyectos políticos, materializados en las dos constituciones que redactó, por poner a los pueblos libertados a la altura de la época (Bolívar, 1971: 43). Sin embargo, y quizá deslumbrado como la mayoría de sus contemporáneos por el brillo de la Ilustración, le falló el cálculo histórico para comprender que las ideas ilustradas pertenecían a un contexto social e ideológico muy particular, por fuera del cual podían perder toda eficacia e incluso resultar contraproducentes. Curiosamente, podría hacerse en este punto la misma crítica en la cual él mismo fundamentó su radical rechazo al sistema federal, “demasiado” perfecto para un pueblo inmaduro y que no estaba acostumbrado a la libertad.

Este desfase político y cultural, encarnado por Bolívar y su generación, se expresa en la convicción, manifestada por aquél, de que a veces es preciso “hacer por la fuerza libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos” (Bolívar, 1971: 48). Las ideas republicanas, racionalistas y liberales pertenecieron durante todo el período independentista, y hasta mucho después, al dominio de un público minoritario: los mismos criollos que lideraron el movimiento independentista hispanoamericano. Y mientras ese discurso ilustrado no calara en las bases de la sociedad, tendría que existir un profundo desfase cultural, ideológico y político entre el pueblo y las élites, entre los proyectos de emancipación y sus resultados. Bajo tales condiciones, los próceres de la patria podrían haber vivido eternamente para probar una constitución ilustrada tras otra, sin obtener nunca el resultado esperado.

Pero por otro lado, ¿habría sido sensato romper la dependencia de la monarquía española para instalar una monarquía criolla igual de opresiva, y esperar hasta que en el propio pueblo prendiera y madurara la idea de la revolución? Pensar las cosas en términos semejantes sería aspirar a una ingeniería sociohistórica, cosa que excede tanto las capacidades de los hombres como sus intenciones. La sociedad puede verse como un gran laboratorio en el cual ni siquiera los personajes más clarividentes dominan las condiciones del experimento que allí tiene lugar. De modo que si por un lado los esfuerzos de los patriotas ilustrados fracasaron por sembrar la semilla de la revolución europea en tierra americana, por otro lado habría sido absurdo pretender que la América hispánica replicase espontáneamente el camino histórico seguido por Francia y por Europa. Pero Bolívar y sus contemporáneos debieron acometer la construcción de un orden nuevo mientras destruían el antiguo, y lo hicieron con los recursos que tenían a mano. Así, ya fuese por miopía histórica, ya por confiar ciegamente en las luces de la razón ilustrada, la empresa política de Bolívar estaba destinada al fracaso, aunque quizá por causas más históricas que biográficas.

REFERENCIAS

- Bolívar, S. (1971). Escritos políticos. Madrid: Alianza Editorial.
- Lynch, J. (2010). Simón Bolívar. Barcelona: Crítica.